Lección 8
(20 de Febrero de 2010)

El fruto del Espíritu es fe

Pr. Emilson dos Reis

Si examinas un ejemplar del Nuevo Testamento en la lengua en que fue escrito originalmente, o sea, en griego, encontrarás que la siguiente virtud mencionada como parte del fruto del Espíritu es designada con la palabra *pistis* (Gálatas 5:22). Esta es una de las palabras más importantes de la teología cristiana y aparece unas 239 veces en las Escrituras. En castellano se la traduce como fe, en casi todos los lugares del Nuevo Testamento.

El contexto en el que se encuentre es lo que determinará su real significado. 1) En la gran mayoría de las ocasiones, se refiere a la confianza en Dios que lleva a la salvación (como ejemplos, Romanos 3:22, 25; 1 Corintios 13:13; Efesios 2:8); 2) Pero también puede hacer referencia a las convicciones intelectuales o creencias doctrinarias (Santiago 2:17), que tanto los hombres como los demonios pueden tener (Santiago 2:19), pero que no resultan en salvación. 3) A veces, indica el conjunto de doctrinas o creencias cristianas, el contenido del mensaje del cristianismo (Hechos 6:7; 13:8; Gálatas 1:23; 3:23). 4) Puede también referirse a la facultad psicológica de la certeza, convicción (Hebreos 1:1). 5) Otro uso es en referencia a la fidelidad, o integridad, lealtad, confiabilidad, dignidad, cualidades que merecen confianza (Mateo 23:23). En el pasaje que estamos considerando, Gálatas 5:22, la mejor traducción parece ser fidelidad. [1] Mientras que la fe salvadora ya se manifiesta antes de la experiencia del nuevo nacimiento, es el requisito indispensable para que éste se de; el fruto del Espíritu únicamente aparece después de esa experiencia. [2]

En el Antiguo Testamento, la idea correspondiente es expresada por la raíz '*aman*, que significa: "ser leal, digno de confianza, fiel", y puede ser aplicada en relación a Dios y a los hombres (Números 12:7; 1 Samuel 22:14; Isaías 8:2; Deuteronomio 7:9). [3]

---

[1] William Carey Taylor, "Pistis", *Dicionário do Novo Testamento grego*, (Rio de Janeiro: Casa Publicadora Batista, 1965), 174-175. Ver también John William MacGorman, "Gálatas", *Comentário bíblico Broadman*, editado por Clifton J. Allen (Rio de Janeiro: JUERP, 1985), tomo 11, p. 150; John R. W. Stott, *A mensagem de Gálatas* (San Pablo: ABU), p. 135. Para um estúdio más completo Del término, ver O. Michel, "*Pistis*", *Dicionário Internacional de Teologia do Novo Testamento*, editado por Colin Brown, (San Pablo: Vida Nova, 1985), tomo 2, pp. 218-229.

[2] Ver Donald Guthrie, *Gálatas: Introdução e comentário* (San Pablo: Vida Nova e Mundo Cristão, 1984), p. 180.

[3] Michel, tomo 2, p. 220

La fidelidad de Dios

Así como las Escrituras declaran que Dios es Santo, que es Amor, ellas también aseveran que “fiel es Dios” (1 Corintios 10:13; 2 Corintios 1:18), lo que indica que “Él nunca olvida, nuca falla, nunca vacila, nunca deja de cumplir con su Palabra. El Señor se mantiene estrictamente apegado a cada declaración de promesa o profecía, haciendo valer cada compromiso del pacto o de amenaza”. [4] Tal como lo dice el texto sagrado: “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que desista. Cuando Él dice algo, lo realiza. Cuando promete algo, lo cumple” (Números 23:19).

Con frecuencia, las Escrituras citan la fidelidad vinculada a algún otro atributo, indicando la proximidad de significado o armonía que hay entre ellos. Se destacan: 1) La misericordia (Salmo 57:3): la Justicia (Salmo 40:10), la integridad (Josué 24:14), la benignidad (Salmo 36:5), la gracia (Salmo 40:10), la verdad (Salmo 40:10, la bondad (Salmo 61:7), la benignidad (Salmo 89:2), la rectitud (Salmo111:8).

Muchos relatos de su Palabra demuestran que Él es fiel en cumplir, tanto sus promesas como sus advertencias; tanto en proteger de las dificultades como en castigar a aquellos que se apartan de sus caminos. Por eso, cuando Jerusalén fue destruida por los babilonios, y los judíos fueron llevados como cautivos, el profeta Jeremías, en uno de sus Lamentos, reconoció que el pueblo de Dios no había sido completamente consumido a casa de las misericordias y de la gran fidelidad de Dios (Lamentaciones 3:22, 23). El salmista escribió: “Señor, conozco que tus juicios son justos, que conforme a tu fidelidad me afligiste” (Salmo 119:75).Hablando de la descendencia del rey David, Dios declaró: “Entonces con vara castigaré su rebelión, y con azotes su iniquidad. Pero yo no quitaré mi amor de él, ni falsearé mi fidelidad” (Salmo 89:32, 33). En un momento de suma aflicción, David oró por liberación de sus enemigos, diciendo: “Dios es el que me ayuda, Él está con los que sostienen mi vida. Él devolverá el mal a mis enemigos. Córtales por tu fidelidad” (Salmo 54:4, 5).

La fidelidad de Dios resulta en preciosas bendiciones para sus hijos.

1. *Por ser fiel, Dios no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas*. Siempre que una tentación caiga sobre nosotros, aún la más difícil, habrá una salida, una forma de escapar ileso de ella, sin transar con el mal. Dios proveerá liberación (1 Corintios 10:13). En algunas ocasiones, será necesario huir, como José de la casa de Potifar (Génesis 39:7-12); en otras, apenas esperar la intervención divina, tal como ocurrió con los tres amigos de Daniel. Ante la estatua, del rey, y de muchos oficiales, ellos simplemente hicieron lo mejor que podían haber hecho: no se postraron en adoración y aguardaron el desarrollo de los acontecimientos, descansando en Dios (Daniel 3). En los ejemplos citados, los hijos de Dios no pecaron. Vencieron a la tentación. En el primer caso, José aparentemente salió perjudicado, porque como resultado de su obediencia a Dios, él fue arrojado en la prisión. Pero luego, Dios empleó esas mismas circunstancias para conducirlo a la elevada posición de gobernador de Egipto. En el segundo caso, los tres hebreos fueron exaltados y prosperaron. Así, tarde o temprano, la fidelidad de Dios es percibida claramente y la fidelidad de sus siervos claramente recompensada.

---

[4] A. W. Pink, *Os atributos de Deus*, (San Pablo: Publicações Evangélicas, 1985), p. 54.

2. *Por ser fiel, Dios opera en nosotros la santificación, preparando todo nuestro ser para la venida de Cristo* (1 Tesalonicenses 5:23, 24). En la justificación, Dios trata con el pasado de nuestra vida. En el momento en el que, arrepentido, confieso mis pecados y reclamo el sacrificio de Cristo en mi favor, Dios me perdona, justifica y son perdonados mis pecados desde ese momento hacia atrás. Así, de parte de Dios, no hay ninguna condenación sobre mí. Quedo en paz con Dios (Romanos 8:1; 5:1). No obstante, por maravillosa que sea tal experiencia, no tendría mucho sentido si se quedara en eso. ¿Por qué? Porque la vida continúa y, si ahora estoy limpio, pero continúo sólo en la lucha contra el mal, terminaré repitiendo los mismos pecados. Es aquí que entre en acción la santificación "sin la cual ninguno verá al Señor" (Hebreos 12:14). Si en la justificación soy completamente perdonado en cuanto a mi pasado, en la santificación recibo ayuda para vivir el presente tal como Dios espera de mí.

   Un error muy común es pensar que la justificación es obra de Dios y la santificación es una obra del hombre. Algunos llegan a orar: "Señor, he pecado, pero estoy arrepentido y creo en Cristo para perdón de mis pecados. Si me perdonas, prometo ser obediente". A semejanza de Israel en el Sinaí, dicen: "Haremos todo lo que el Señor ha dicho" (Éxodo 24:3). El problema es que confían en su propia capacidad para obedecer. ¿Quién santifica? ¿Dios o el propio hombre? La Biblia nos enseña que la santificación también es una obra de Dios (Ezequiel 20:12; 1 Tesalonicenses 5:23).

   Tanto la justificación como la santificación son resultados de la acción divina. De comienzo al fin, y en todos sus aspectos, la salvación es una obra de Dios. El propio Dios que nos perdona es el que nos santifica. Sin embargo, así como para ser perdonados tenemos que aceptar por la fe su perdón, igualmente, si vamos a ser o no santificados depende de nuestra actitud.

   Cuando alguien recibe a Jesús, cuando alguien cree en su nombre, Dios lo justifica y, con su perdón, le concede una dosis de su poder a fin de que él viva, desde allí en adelante, de modo obediente (Juan 1:11, 12). Ese poder no brota de nuestro interior; viene de afuera, proviene de Dios, es poder de Dios. Es con él que podemos vivir día tras día una vida de obediencia, santidad y pureza. Y este poder es que nos hace victoriosos sobre las tendencias pecaminosas –tanto hereditarias como cultivadas– sobre el mundo, el diablo, y sus tentaciones.

   Al aceptar a Cristo, el poder de Dios que opera en nosotros es tan maravilloso que nos volvemos una nueva criatura (2 Corintios 5:17). Cristo pasa a vivir en nosotros (Gálatas 2:20) y es justamente esa presencia y ese poder en nosotros lo que santifica nuestros pensamientos, emociones, palabras y actos. De ese modo cesamos de vivir continuamente en pecado (1 Juan 3:4, 6, 9). Éste pierde su dominio sobre nuestra vida (Romanos 6:14).

   Esto no significa que nunca más pecaremos, sino que el pecado ya no nos domina, como era antes. Tal dominio fue quebrantado por Cristo. Ahora, pasamos a tener una vida victoriosa y, aún cuando fallemos en algún momento, volvemos inmediatamente a Dios y el prontamente nos perdona, justifica nuevamente (1 Juan 2:1; 1:8, 9). Habrá un gran contraste con la vida anterior. Y cuanto más pecadores hayamos sido, mayor será el contraste (Efesios 4:22 - 5:21; Colosenses 3:1-17; Tito 3:3-8; 2 Corintios 5:17). Dios no nos perdona para que continuemos con la misma vida infeliz, inútil y pecaminosa que antes llevábamos, sino que nos restaura, nos eleva a

una posición donde tengamos todas las condiciones necesarias para vivir una vida bienaventurada, provechosa y santificada.

La santificación no significa meramente vencer al pecado, los vicios, los malos hábitos. Significa además el desarrollo en las virtudes cristianas o el crecimiento en el fruto del Espíritu. Por esa razón es llamado fruto, porque debe haber un constante crecimiento. Aunque para ser perdonados y aceptados por Dios como justos haga falta un instante, lo mismo no sucede para que seamos bondadosos, benignos y fieles. Durante toda nuestra vida necesitaremos crecer más y más en esas virtudes, sin que lleguemos nunca al punto más allá del cual sea imposible avanzar. Pero, para eso, necesitamos esforzarnos. ¡Sólo eso!

El antónimo de la gracia no es esfuerzo, sino merecimiento. Sin esfuerzo de nuestra parte, con la fuerza que proviene de Dios, no vamos a desarrollar las virtudes, o sea, no seremos santificados. El mismo Pablo que enalteció la gracia divina, también declaró: "Por eso me afano, luchando con la fuerza de Cristo que actúa poderosamente en mí" (Colosenses 1:29, comparar con 1 Corintios 9:27). Es Dios quien nos santifica, pero El hace eso concediéndonos su poder para que con él nos sea posible vencer el mal y desarrollar en nosotros el bien.[5]

3. *Por ser fiel Dios, Él nos confirma en sus caminos y nos guarda del maligno* (2 Tesalonicenses 3:3). Si continuamos asegurados a la mano de Cristo, Dios será fiel en guardarnos. Satanás podrá tentarnos, podrá hasta quitarnos la vida, como lo hizo con Juan, el Bautista, Santiago, Pablo y tantos miles de cristianos. Pero hay una cosa que él no podrá hacer: vencernos espiritualmente. De hecho, no hay nada, ni nadie, que pueda separarnos del amor de Dios (Romanos 8:31-39). Aunque Dios haya protegido muchas veces la vida física de sus hijos (como lo hizo con Daniel en el foso de los leones y con sus amigos en el horno de fuego) y tenga poder para hacer lo mismo siempre que lo desee, sus promesas de protección deben ser tomadas como refiriéndose a la vida espiritual. Tal como lo dicen las Escrituras, El es "Aquél que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin falta ante su gloria, con gran alegría" (Judas 24). Somos ovejas del rebaño de Cristo, estamos en su mano, y de esa Mano nadie nos podrá arrebatar (Juan 10:27-30).

4. *Por ser Dios fiel, podemos confiar plenamente en sus promesas* (Hebreos 10:23). Por ser siempre verdadero y por tener todos los recursos a su disposición, si Él lo dice, lo cumplirá. Por ser fiel en todas sus palabras y "fiel en todo lo que hace" (Salmo 33:4), si lo conocemos como Él es, si tenemos convicción personal de su fidelidad, podremos confiar plenamente en él y decir como Pablo "y se en quién he creído" (2 Timoteo 1:12).

La fidelidad del hombre

La fidelidad del hombre es posible cuando el Espíritu de Dios habita en él. Nadie puede ser manso, bondadoso y fiel aparte del Espíritu de Dios. Es por esa razón que tales cosas son denominadas "fruto del Espíritu". Sólo cuando Él obra en nosotros es que el fruto surge.

---

[5] Gary L. Thomas, *As virtudes cristãs* (Rio de Janeiro: Textus, 2003), pp. 26-27, 50.

La fidelidad del hombre puede verse en las pequeñas cosas de la vida. Tal como Jesús enseñó, “quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más será injusto” (Lucas 16:10). Aquél que es descuidado con las pequeñas cosas o injusto en las pequeñas cuestiones hará lo mismo con las más grandes, aunque en una escala mayor. Aquél que se porta correctamente en relación a aquello que parece insignificante, da indicios de que tendrá la misma conducta en asuntos de mayor importancia. En realidad, es en base a ese principio que las empresas acostumbran a promover a sus empleados a puestos que exigen más y que son más valorizados. Algo semejante ocurre también en las iglesias y en casi cualquier emprendimiento humano en el que sean necesarias muchas personas y muchos dones. Lo que ocurrió con José en la casa de Potifar es un ejemplo de esa verdad (Génesis 39:2-6).

La fidelidad del hombre lo capacita para realizar grandes obras para Dios. La Biblia ilustra repetidamente esta realidad al narrar la vida de hombres y mujeres que fueron fieles al Señor: Noé, Job, Abrahán, José, Moisés, Ester, Daniel y Pablo son apenas algunos de ellos. Fueron una gran bendición en sus días y continúan siéndolo. Esta misma verdad ha sido observada a lo largo de la historia de la Iglesia y continúa siendo válida aún hoy.

La fidelidad del hombre será recompensada por Dios. En la parábola de los talentos, el Señor le dijo al siervo obediente: “¡Bien, siervo bueno y fiel! ¡Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré! ¡Entra en el gozo de tu Señor!” (Mateo 25:21). Y el Apocalipsis, en la conclusión de las Escrituras, después de describir las bellezas y bendiciones que habrá en el Nuevo Cielo y en la Nueva Tierra, declara: “Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para dar a cada uno según su obra” (Apocalipsis 22:12).

Por lo tanto, vivamos en plena confianza en Dios, que es fiel en todas las circunstancias, momentos y lugares. Además de eso, cooperemos con su Espíritu, para que su fruto se desarrolle en nosotros, sabiendo que nuestra fidelidad será ampliamente recompensada.

Emilson dos Reis
Rector
Facultad de Teología – Univ. Adv. de San Pablo
Campus Engenheiro Coelho
Brasil



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática